



Sobre ruedas

No se alarme el amigo lector. No voy a referirme a la marcha de la política internacional cabe orillas del pintoresco y opacible Lemán. Mi tema va a ser hoy de vuelo mucho más modesto, así como de pato común. Esta vez voy a romper una lanza — que siempre es mejor romper lanzas que tibias o clavículas — a favor del desamparado, tanto como sufrido, peatón; todo y que esta fea palabra, con la que hemos dado en denominar al pacífico ciudadano que hace su marcha a pié, porque así lo prefiere o porque carece de medio mejor, no me gusta ni poco ni mucho, y hasta diría que le tengo mi poquito de ojeriza tal vez porque yo también — y no digo por desgracia, porque esto haría falta analizarlo muy a fondo — soy, en definitiva, eso: un vulgar, insignificante peatón.

Y aquí llegado, a la mente se me viene un cierto refrán que acaso sea oportuno citar ahora y que reza así: «Quien a los cuarenta no es rico... cátales borrico». No muy académica la expresión, cuya genealogía a la legua adivinase ventera o de castellano soportal, aulas éstas también — y nada despreciables por cierto, dígalo sino Don Miguel, el de Lepanto — del popular, agudísimo saber.

Consecuencia lógica a que me lleva el refrán de marras: en una época como la que estamos viviendo — iba a escribir «aguantando» — en la que cualquier chisgarabís, cualquier tendero de esquina, pongamos por caso, ha logrado, con sus artes y mañas, reunir suficiente caudal como para poder comprarse, amén de otros sólidos bienes, algo montado sobre ruedas, otros, en cambio, y entre ellos me cuento yo, no hemos sido capaces de hacernos con lo necesario para convertirnos en felices poseedores de una modesta «rubia» — y no es zarzuelera alusión —, ni tan siquiera de una, más modesta aún, «Vespa», de las que, para no desmentir el nombre, hay ya un verdadero enjambre (y conste que no pretendo hacer propaganda industrial), cuyo volante está hoy al alcance de cualquier inocente párvulo, o «párvula», que de todo hay, para ir conservando el auge de la estadística de atropellos callejeros.

ancora

Y como, por otra parte, mis cuarenta — ¡ay! — hace ya bastante tiempo que los vi volar, con rumbo parecido al de aquellas golondrinas del pobre Gustavo Adolfo, es evidente que a mí, como a tantos, cada día menos, por eso, recalcitrantes en ese raro capricho que es el querer ir a pié, se nos puede adornar, a guisa de denigrante sambenito, con la palabrota esa de peatón, además de gravitar, invisible pero cierto, sobre nuestras espaldas, todo el peso definitivo, y aviesamente socarrón, del refrán castellano.

Bien; nos lo hemos ganado, amigos... por no habérselo sabido ganar. Y cuidado, que esto no es un simple juego de palabras sino algo mucho más serio. Por tanto, ante lo irremediable, ya no cabe otra cosa más que resignación, que «quién nació para ocharo, jamás podrá llegar a cuarto». Y vaya de refranes.

Pero, por favor, un poco de atención, señores míos. Que es, nada más y nada menos, nuestra propia integridad física — ¡caramba! — la que, en la intrincada cuestión, se está ventilando. El lector, que tengo por buen observador, ¿es que no se ha fijado en este curioso, elocuentísimo detalle ambiental?: Todos conocemos a «Juanito», sí, hombre, sí, el hijo del lechero, o del panadero, o del confitero del barrio, que da lo mismo uno que otro, puesto que para todos salió el sol, menos, claro para el pobre peatón, y a todos ellos calentó bien, y a algunos óptimamente, hasta tostarse.

Juanito, pues, un chicarrón que ahora vendrá a tener sus dieciocho años, o tal vez menos, puesto que aún recordamos que, no hace de ello mucho tiempo, le solíamos ver por nuestra propia calle jugando al fútbol con otros muchachos — las calles ahora sirven todas, por estrechas y concurridas que sean, en primer lugar para jugar al fútbol —, Juanito es hoy ya propietario y, naturalmente, también conductor, y de primera aunque en la práctica esto último ya se irá viendo, de un moderno «Volkswagen», y éste para él solito, para que pueda entretener sus dilatados y elegantes ocios, porque luego en el garage aún queda esperando el coche familiar, el de reglamento.

Y Juanito, queriendo, como tantos otros, imitar a los más afamados ases del volante

que andan sueltos por esas carreteras y pistas, pues va el hombrecito a todas partes: a paseo, al cine y hasta a la farmacia más próxima a por un tubo de aspirina, literalmente disparado en su coche. Pero es que Juanito, afortunado heredero de las vacas, de los panecillos o de los «brazos de gitano»... y de la caja registradora de papá, del muy honorable señor Juan, no tiene tiempo, ni humor, ni siquiera ganas para entretenerse demasiado fijándose un poco en los pobres, que poseídos de su rara manía, en el civilizadísimo siglo de lo supersónico aún nos empeñamos en andar a pié, en vez de como él, cuerda y cómodamente arrellanado en los estilizados butacones forrados de plástico color verde-alfalfa, con el invariable «rubio» entre los labios y llevando, más invariablemente aún, a su lado la llamativa «Kuki» (el nombre cristiano es Mercedes) su medio-prima medio novia, que ahora todo eso va a medias, hija también de otro muy honorable tendero, cuyos nietos quizá andando el tiempo llegarán a ostentar blasón en el que campee, a modo de linajudo emblema, un magnífico jamón serrano con dos «cantimpalos» cruzados.

«Kuki», que luce un vestido que armoniza maravillosamente con el tapizado del coche y la corbata de Juanito, le llama a este «¡Joohny!...», así, alargando mucho la única vocal y con un preciosísimo mohín de su boquita al rojo-incendio. Es que ella, claro, hojea de vez en cuando alguna publicación americana de esas de moda, aunque jamás necesitó asistir a una clase de idioma inglés, porque como ella dice, «eso ya se aprende en cualquier barra de bar «Hollywood system»...» «Kuki» claro, también fuma «rubio» a todo tren, y bebe su «whisky» preferido que es uno con etiqueta «Old Scotch», es decir, «made in Mollet». ¡Ah, se me olvidaba lo principal, caramba! en el coche, haciendo complementaria compañía a los dos elegantes y modernísimos primitos, va invariablemente, un monísimo pachón, para que así el conjunto no tenga que sufrir por carencia de detalles de buen gusto. Al can, una especie de longaniza de Vich con patas, le han puesto un nombre muy fino y adecuado. Le llaman «Roque».

La estampa, tirada en serie, modernísima, del «hombre sobre ruedas», ese nuevo ser, totalmente imbuido de su importancia, por eso, porque él va sobre ruedas, sobre caucho, ahí queda, brillante, di-

námica, eufórica, digna de ser emulada. Así que: «peatón apártate, échate a un lado de la calle, si puedes,» ¡paso libre a la velocidad, al «récord»! Y sino, lo mejor será que los carentes de coche, los infelices peatones, no salgan ya de casa; así no estorbarán a los muchos «Juanitos» que cruzan por ahí, raudos como meteoros, acompañados de sus «Kukis» y sus «Roques»... y con una sola idea en su cabeza, de impecable — eso sí —, reluciente ondulación: ¡correr! ¡volar! ¡lucir facultades... mecánicas! ¡Es el ambiente y hay que servirlo!

Ignoro el grado de verdad que en ello pueda haber, pero cuéntase que Don Ramón del Valle Inclán, a quien yo no voy ahora a descubrir aquí, poseedor como es sabido, de un carácter y una personalidad realmente impresionantes, no solo no quiso abdicar jamás de su condición de simple peatón ciudadano, sino que él, con toda una dinastía en su cuerpo, cuando tenía necesidad de cruzar la calzada lo hacía con la mayor naturalidad del mundo y prescindiendo totalmente de imprecaciones, bozinas y pitadas del guardia del tráfico. El tenía que cruzar... ¡y cruzaba! ¡Ya lo creo que sí! Y no, lo del brazo no fué un atropello mecánico, sino que diz que consecuencia de un silleteo ganado en riña, que tal gallo era Don Ramón.

Pero, ya el lector lo estará pensando, y yo con él, no todos los peatones, los que, inverosímilmente anticuados, aún vamos a pié, somos, podemos ser lo que fué y representó en su época el insigne autor de las «Sonatas», el casticísimo «Marqués de Bradomín», a quien hasta las ratas conocían y, por lo visto, hasta los virtuosos del volante respetaban, quizá debido un poco a lo impresionante de su humanidad con el adecuado complemento de su barba de rabínica traza. De todas formas, vale más que así sea, porque si todos los «pedestres» hiciéramos lo que él, a buen seguro que tendrían que declararse en quiebra las hoy prósperas, factorías dedicadas a la producción, a chorro de manga de riego, de coches y demás ingenios rodantes... y atropellantes.

Conste — lo digo para evitar posibles malicias — que, a Dios gracias, hasta la hora presente, y por muchos años lo pueda repetir, aún no he sufrido accidente alguno en mi papel de peatón; aunque sí, en cambio, tuve un conato,

(Termina en la pág. anterior)